

Los orígenes del Conflicto

MANUEL COMA,
Profesor Universitario

POR más que la propaganda irakí haya comparado la invasión del Juzestán del 22 de septiembre de 1980 con la batalla de Kadisiya (637), ciertamente no es necesario remontarse tan lejos para explicar los orígenes del conflicto. Kadisiya fue una derrota sufrida por los persas a manos de los árabes que trajo consigo la emancipación de éstos del imperio sasánida. Si el líder irakí Saddam Hussein ha invocado dicha batalla en las presentes circunstancias, lo hace tratando de situar su guerra en el contexto de una rivalidad histórica entre ambos pueblos islámicos, para polarizar así el apoyo árabe en su favor.

Pero el verdadero telón de fondo del conflicto lo constituyen las tensiones irano-irakíes de los años 60 y 70 y su causa inmediata y casi única, la revolución islámica que derriba al Sha en enero del 79 y toma el poder en Teherán al mes siguiente. Sin duda la cuestión del Chatt-el-Arab viene de más atrás, pero sólo aquellas tensiones y finalmente el detonante revolucionario podían convertirla en explosiva.

A diferencia de muchas de las demarcaciones de los estados al Sur del Golfo, fijadas de forma más o menos artificial por el colonialismo occidental, los 1.460 km. que separan Irán de Irak constituyen una frontera histórica entre el mundo árabe y el iranio. Su tramo más meridional, los noventa kilómetros en los que el Chatt-el-Arab sirve de línea fronteriza, ha sido objeto de numerosas disputas. En su orilla oriental se encuentra el territorio que los árabes llaman Arabistán y los persas Juzestán, poblado por arabófonos y que en ocasiones perteneció, como el resto de las tierras árabes, al imperio turco, o bien ha disfrutado de una amplia autonomía dentro del estado persa.

La primera vez que las fronteras entre el imperio turco y el persa se fijaron con una cierta precisión, fue en el segundo tratado de Erzerun (1847), que estipulaba que el Chatt era turco, reflejando una relación de fuerzas favorable a los otomanos. Estos derechos territoriales fueron ratificados por el protocolo de Constantinopla de 1913, con intervención rusa e inglesa, y de nuevo en el tratado de 1937, bajo la tutela de la Sociedad de Naciones, que de esta forma reconocía a Irak, bajo mandato británico, como heredero legítimo de los derechos turcos. Según esos documentos internacionales la totalidad del río pertenecía a Irak, con lo que la frontera persa quedaba fijada en la orilla izquierda, la navegación sería libre pero con pilotos y bajo bandera iraquí. El acuerdo del 37 hizo ciertas concesiones a los persas estableciendo la frontera en el thalweg frente a Jorramshar, Abadán y Josrowabad. El thalweg es la línea de máxima profundidad, que viene a coincidir más o menos con el centro de los ríos. La costumbre internacional es que cuando una vía fluvial sirve de frontera, ésta se fije en el thalweg. Al desviarse de esta práctica, los irakíes invocaban —y lo recordaron en los primeros días de la guerra— el significado estratégico que para ellos tiene el Chatt, muy superior al que le puedan atribuir los persas. Está formado por el Tigris y el Eufrates, ríos irakíes, y constituye casi su única salida al golfo, sobre el que los persas tienen una larguísima costa. Basora, el primer puerto irakí, está al comienzo del tramo fronterizo. Fao, la terminal petrolífera, está en su desembocadura.

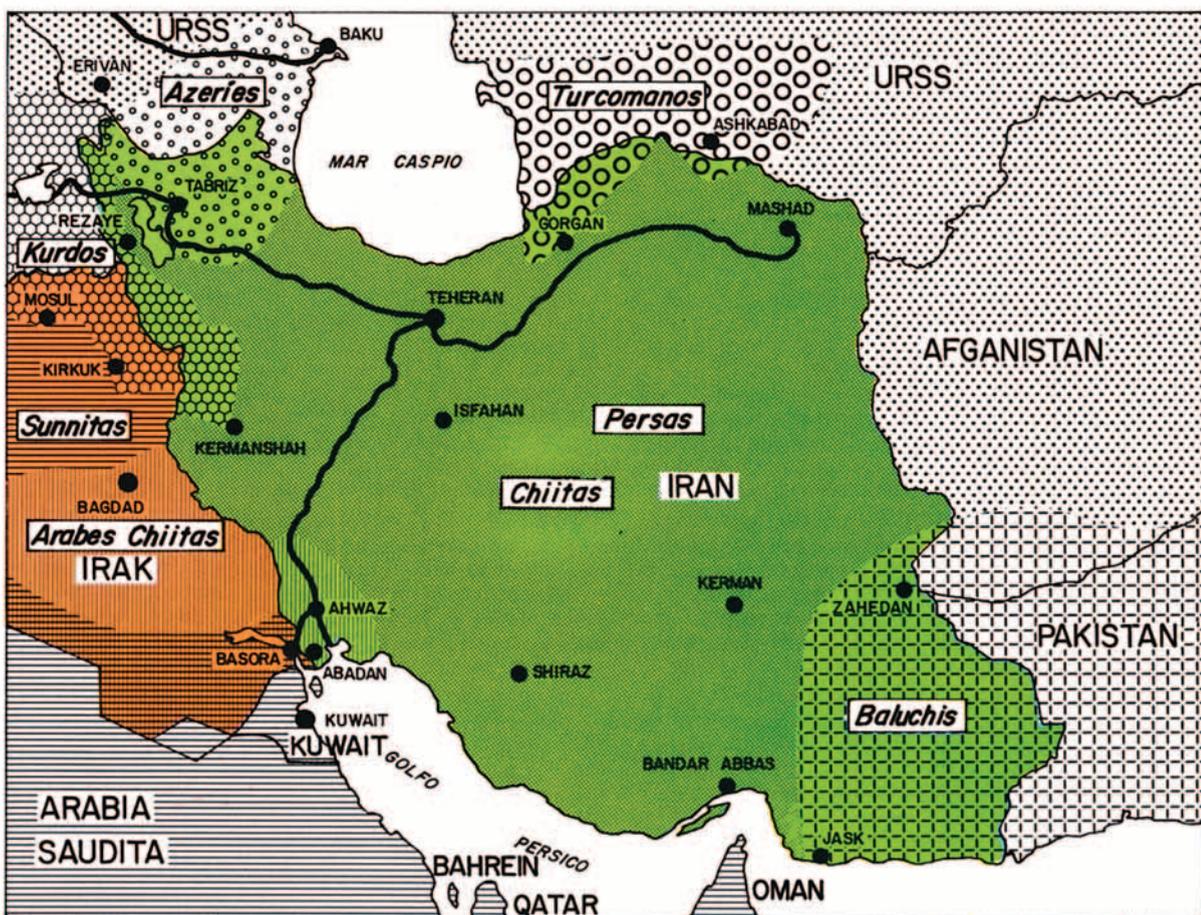
Aunque algunos de los puntos previstos en el acuerdo del 37 no se cumplieron escrupulosamente e Irán nunca se sintió satisfecho con el arreglo, las relaciones entre los vecinos fueron aceptables hasta 1958, año en que un movimiento revolucionario derrocó la monarquía Hachemita en Iraq. La antipatía ideológica entre el nuevo régimen republicano Qasen y el Sha pronto degeneró en conflicto fronterizo. A finales del 59 y comienzos del 60 hubo un momento de tensión en torno a los derechos en el Chatt-el-Arab que se resolvió con una retirada persa. En el 68 el partido laico, socialista y nacionalista árabe Baas tomó el poder en Bagdad y de nuevo el reverdecimiento de las antipatías ideológicas condujo a disputas fronterizas. Pero esta vez la correlación de fuerzas había cambiado. A lo largo de los 60 la Persia del Sha había realizado un esfuerzo militar cuyos primeros frutos los recogía en la crisis de relaciones con su vecino en el 69. A las exigencias iraquíes de estricto cumplimiento del acuerdo del 37 respondió el Sha declarándolo nulo, pues Irak lo venía violando al no repartir por igual con Irán los peajes cobrados por la navegación fluvial. Irán disponía de fuerzas aéreas y navales suficientes para proteger sus barcos. Iraq no quiso llevar más allá el conflicto.

Pero el empeoramiento de relaciones en el 69 no resultó momentáneo. Habían aparecido factores nuevos. El año anterior Inglaterra, falta de recursos económicos, anunció el repliegue de sus fuerzas militares al Este de Suez para el 71. Dejaba vacante el papel de policía que había desempeñado en el Golfo durante más de siglo y medio. El Sha, con la aprobación británica y americana, estaba dispuesto a cubrir la vacante. Cuando el régimen irakí necesitaba consolidar su poder se encontraba con una sustancial modificación de los equilibrios de poder en el área, provocada por un vecino en ascenso que estaba dispuesto a forzar la situación para conseguir su viejo objetivo de fijar la línea fronteriza en el thalweg del Chatt.

El recrudecimiento de las tensiones entre los dos países coincidió con un nuevo brote de un problema crónico, la rebelión de los Kurdos de Iraq. Este fue el principal instrumento de presión iraní sobre sus rivales

árabes. El Sha no les escatimó apoyo. Iraq replicó tratando de azuzar el separatismo árabe en el Juzestán, pero esta subversión fue fácilmente reprimida por el Sha. En el año 74, al tiempo que los incidentes fronterizos revestían gran violencia, el conflicto kurdo alcanzaba las dimensiones de una auténtica guerra que estaba a punto de dejar exhausto al ejército y al mismo estado irakí. El régimen baasista estuvo dispuesto a pagar el precio que Irán exigía. En la reunión de la OPEP de Argel de marzo del 75, el ministro de Asuntos Exteriores iraquí y hombre fuerte del régimen, Saddam Hussein, llegó a un acuerdo con el Sha, transformado poco después en tratado. El acuerdo resolvía todos los litigios fronterizos satisfaciendo las aspiraciones persas respecto a la frontera del Chatt-el-Arab. Ambos países se comprometían a poner fin a "todas las infiltraciones de carácter subversivo desde cada uno de los lados". Lo que realmente contaba era la ayuda persa a los kurdos, que cesó inmediatamente.

El acuerdo de Argel creó un modus vivendi entre los dos vecinos que duró hasta la caída del Sha. La cuestión del Chatt fue una concesión dolorosa y humillante, pero permitió ganar inmediatamente la guerra kurda e iniciar una rápida recuperación económica basada en el crecimiento de los precios del petróleo desencadenado por la guerra del Yon Kippur, a finales del 73. Dos años después, en el 77, Irak ya se sentía en condiciones de entrar en la carrera de armamentos sin comprometer sus planes de desarrollo que, al aumentar el nivel de vida de la población, estaban ayudando a consolidar el régimen. La adquisición de armamentos



no pretendía tampoco ser un desafío a Irán. Los iraquíes habían reconocido tácitamente la supremacía regional de Irán y lo que pretendían era que no siguiera aumentando. Iraq concentró sus esfuerzos en el ejército de tierra, alcanzando una aproximada igualdad con el persa, y en menor medida las fuerzas aéreas, renunciando a competir en armamentos navales. Mostraba así su preocupación preferente por la seguridad en sus fronteras, lo que se refería también a Siria, y la modestia de sus ambiciones respecto al Golfo.

Tras el derrocamiento del Sha y el ascenso al poder de los revolucionarios islámicos, Iraq aspira a mantener con sus vecinos el mismo tipo de relaciones respetuosas que había logrado con el régimen anterior. Reconoció enseguida la nueva república y cortejó a su primer jefe de gobierno Bazargan. Fue inútil. Jomeini, auténtica fuente de poder, aborrecía el régimen baasista y personalmente a Saddam Hussein, llegado a la presidencia del Iraq aquel mismo año 1979. Perseguido por el Sha, Jomeini, había pasado la mayor parte de sus años de exilio en la ciudad santa chiita de Najaf, en territorio iraquí, de donde finalmente fue expulsado, poco antes del triunfo de su revolución, a requerimiento del Sha, que invocó la cláusula de no interferencia en asuntos internos del acuerdo de Argel del 75. En Iraq murió uno de sus hijos en circunstancias poco claras. Además el régimen baasista, aunque no ateo y mucho menos antiislámico, era laico, y desde su expulsión Jomeini venía motejándolo de infiel y blasfemo. Pero por encima de todo el ayatollah despreciaba las fronteras nacionales y había concebido su revolución para la totalidad del mundo islámico.

No se dejaron esperar los llamamientos a la mayoritaria población chiita de Irak para que expulsase del poder al partido Baas. A las palabras siguieron los hechos. Asaltos a la embajada y consulados irakíes en Persia, atentados de la organización de los chiitas irakíes al-Dawa, de nuevo, apoyo a los kurdos. En el otoño del 79 la situación le pareció ya irreversible al liderazgo irakí, que decidió controlar la situación interna mediante la represión contra al-Dawa y la expulsión de miles de iraníes que habitaban en las ciudades santas chiitas de Irak, Kerbala y Najaf. La escalada de palabras y hechos no hizo más que acentuarse. En abril del 80 hubo un atentado contra Tariq Aziz, número dos irakí, y el jefe espiritual de los chiitas de Irak, el ayatollah Bakr al-Sadr, discípulo de Jomeini, fue ejecutado. Bani Sadr, jefe de gobierno en Teherán desde principios del 80, formulaba públicamente amenazas de guerra. Desde la primavera de ese año los incidentes fronterizos fueron cobrando virulencia. Los iraníes utilizaron artillería pesada, bombarderos y cañoneras. Buena parte del fuego artillero contra poblaciones irakíes provenía de una zona de colinas que el acuerdo de Argel reconocía como irakí, pero que no había sido todavía devuelto a la caída del Sha y que Teherán se negaba ahora a devolver.

La negativa iraní constituía una violación del tratado del 75 que Hussein invocó el 17 de septiembre de 1980 cuando denunció dicho tratado. Una de sus cláusulas establecía que el incumplimiento de alguna de sus partes invalidaba la totalidad. Con todo, la violación más flagrante y trascendental la constituían todo el conjunto de inyectivas y actos iraníes en abierta oposición al principio acordado de buena vecindad. Así pues el líder irakí se consideraba liberado del compromiso adquirido y volvía a reivindicar la totalidad del Chatt-el-Arab.

Sin embargo la cuestión fronteriza era más bien un pretexto. Lo sustancial fue el sentimiento de peligro experimentado por el liderazgo baasista. Desde octubre del 79 parecían haber llegado a la conclusión de que no había manera de aplacar el radicalismo islámico de Teherán. Jomeini parecía irrevocablemente decidido a acabar con el gobierno baasista y extender su revolución a Irak. Había demostrado su determinación también fuera de Irak, apoyando, por ejemplo, la toma de la gran mezquita de La Meca por fundamentalistas sunnitas (XI-1979) o promoviendo disturbios en Bahrain, sin contar con las incendiarias soflamas dirigidas a las comunidades chiitas de los países árabes del Golfo.

En estas circunstancias el liderazgo irakí pensó que el tiempo trabajaba en su contra. Debían golpear antes de que fuese demasiado tarde. Al final del verano del 80 el ejército iraní, víctima de las intensas purgas ideológicas, alcanzaba su cota más baja. Las milicias que la revolución había creado (pasdaranes), se hallaban todavía en una fase bastante primitiva de su organización. Arrecriaban en Teherán los enfrentamientos entre facciones revolucionarias. Una consolidación en el futuro del clero radical podría llevar a una reconstrucción del ejército, ya plenamente controlado. Por otra parte Saddam Hussein se sentía seguro de sus fuerzas. El esfuerzo armamentístico incrementado desde el 77, estaba dando sus frutos. Desde comienzos de año había llevado a cabo una depuración del partido y de los mandos militares que le había llevado a la confianza de haber alcanzado un pleno control del ejército. Contaba con el apoyo económico y diplomático más o menos explícitos de los estados árabes de la ribera sur del Golfo, que valoraban la situación en los mismos términos. Esperaba además contar con la colaboración de los habitantes del territorio que iba a ser invadido, los árabes del Juzestán.

El momento preciso de la invasión se eligió en función de factores climáticos. Debería comenzar antes de la estación de las lluvias, que empieza en noviembre y se extiende hasta abril. El Juzestán meridional es un país anfibio, cruzado por cientos de vías de agua que puede ser fácilmente inundado abriendo ciertas esclusas. En ese medio los avances militares resultan extraordinariamente difíciles. Por otro lado los meses centrales del verano son excesivamente calurosos. Había que buscar un suelo relativamente seco y temperaturas relativamente moderadas. Justo el final del verano y comienzo del otoño. La fecha fue el 22 de septiembre.

Si el planteamiento irakí era básicamente defensivo y encontraba una base jurídica en las violaciones iraníes del acuerdo del 75, las perspectivas de victoria ofrecían algunos alcances adicionales. La cuestión del Chatt el Arab podría volver a su punto de partida. Irak exigía a su enemigo que ciertas islas próximas a Ormuz (Abu Musa y las Tunbs), ocupadas en el 71 fueran devueltas a los dos emiratos que anteriormente las poseían. Esta exigencia, la pretensión de aparecer como el liberador de los árabes de nacionalidad iraní y sobre todo la contención de la marea jomeinista, resaltarían el papel internacional de Saddam Hussein y le permitía abrigar esperanzas de llegar a ejercer un liderazgo en la región y en el mundo árabe en general, lo que venía facilitado por la descalificación de Egipto tras la firma de los acuerdos de Camp Davis en el 78 y el viaje a Israel en el 77. Esas posiciones aumentarían considerablemente su influencia en el conjunto del movimiento no alineado, del que esperaba ser anfitrión en el 82.

Hemos visto como Irán alentaba la rebeldía Kurda y azuzaba a los chiitas irakíes contra su gobierno, mientras que éste apoya a los kurdos iraníes e intenta movilizar a los árabes de Persia. Estas intromisiones políticas nos dan idea de la heterogeneidad étnica de ambos contendientes. Sin embargo no resulta nada fácil cuantificar ni valorar políticamente la importancia de dicho pluralismo. Las cifras absolutas y relativas que proporcionan los especialistas en la zona son exageradamente dispares, no sólo por la baja calidad técnica de los censos sino también porque están manipuladas por sus implicaciones políticas.

Irak es un país bastante artificial, creado por los ingleses, en su calidad de mandatarios de la Sociedad de Naciones tras la primera Guerra Mundial, agrupando tres vilayatos del extinguido imperio otomano. El noreste montañoso, con gran riqueza petrolífera, está habitado predominantemente por kurdos, musulmanes sunitas que hablan un idioma emparentado con el farsi o persa que no tiene nada que ver con el árabe. Constituyen en torno a un 20% de la población. El noroeste, hasta Bagdad es el área de los árabes sunnitas, tradicionalmente dominantes en el conjunto del país, del que vienen a representar otro 20%. El sur es área chiita, con una proporción sobre el total del país de aproximadamente el 55%.

La heterogeneidad étnica es todavía mayor en Irán, siendo los persas quizás un 65% estando la periferia ocupada por Azeris o azerbaiyaníes, de estirpe turca, kurdos, turcomanos, árabes y baluchis. Los persas mantienen un firme control sobre el país, facilitado por su dominio de las ciudades incluso en área de composición étnica diferente y por el hecho de que la inmensa mayoría del país es de confesión chiita. ■